

Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es



Confinados

Días y días de permanencia en casa, sin salir para absolutamente nada (algunos) pero perfectamente comunicados gracias a los modernos y eficientes medios tecnológicos, dan para mucho. Descubre uno que algún conocido, inopinadamente, se ha dado a gestionar el, como diría la Pardo Bazán, negociado de los puchereros. Vocación culinaria tardía (la gastronómica ya la tenía acreditada sobradamente). Otro improvisa para ejercitar piernas, músculos, o lo que se tercie, haciendo de la necesidad virtud y convirtiendo su domicilio en un parque improvisado. Otros (los que pueden), teletrabajan. Se aprovecha para leer, el que tiene perro respira aire del exterior, se aplaude a las ocho de la tarde, se ven series y películas...

En fin, que quien se aburre es tan sumamente mediterráneo que sin la charla de terraza, sin el rato con los amigos o conocidos, sin el bullicio de la calle está al revés. Y después está la cuestión de que el confinamiento es forzoso: no es lo mismo tener alma de anacoreta y recluirte voluntariamente por los motivos que te vengan en gana, que verte obligado porque lo dictan las autoridades. Con independencia de que los motivos sean justificación suficiente, no todo el mundo lo asimila del mismo modo. Pero es lo que hay. Hay que ganar la partida a este mal al que teníamos por virus de medio pelo (así nos lo hacían entender) que fastidiaba a los chinos por su manía de comer cosas que a nosotros nos parecen inmundas. Hay que parapetarse. Quien pueda.

De modo que, guste o no, nos encontramos ante una cuestión que tiene mucho que ver con la conciencia social, ese ámbito de la persona en el que lo individual se pone en contacto con lo colectivo.

Un servidor es de los que piensan que el individuo es sagrado, que la persona nunca debe ser subsumida, como hacen los totalitarios de todo pelaje, en la masa sometida por el Estado. Que quede claro. Pero es innegable que por vivir en sociedad tenemos también algunos deberes, entre ellos el de no contribuir por negligencia al deterioro de la salud pública. En la vida en sociedad existen debe y haber, como en todo en la vida.

Fíjense en lo que decía Tolstói, por boca de uno de los personajes de *Ana Karenina*: «Las únicas naciones que tienen un porvenir, las únicas que tienen derecho a llamarse históricas, son aquellas que comprenden la importancia y el significado de sus instituciones y les conceden el valor debido.» ¡Ay, las instituciones! Otro aspecto, y no menor, del problema. Cuánta necesidad tenemos de creer en ellas, de encontrar en quienes gestionan nuestros intereses unos aliados. Tolstói invocaba, con buen criterio, la necesidad de que sepamos qué son esas instituciones, lo que nos lleva al esfuerzo de entender, con carácter previo, para qué sirven y, aunque parezca mentira a estas alturas, muchos aún tienen que aprenderse el abecé de la democracia para llegar a comprender algo. Esto tiene mucho que ver también, lamentablemente, con que no todas las instituciones funcionan como se esperaba de ellas. Porque, claro, en circunstancias graves como las que vivimos, comprobamos que algunas no dan la talla. No contempla Tolstói ese caso, pero el caso existe. Me temo que esto es una especie de pescadilla que se muerde la cola.

Es decir, que la suma del comportamiento individual y del buen funcionamiento institucional es imprescindible para salir de esta. Y el prestigio de las instituciones depende de cómo los ciudadanos las entendamos y valoremos, lo que nos lleva a que los responsables institucionales han de conquistar el aprecio de la gente, cuestión de *auctoritas*. No parece fácil ganarse el porvenir y el derecho de continuar llamándonos naciones históricas. El confinamiento, amables lectores, tiene más lecturas de las que se nos presentan a simple vista. Me parece.